

## ***Educación, biografía y narrativa. La recuperación de un principio en el archivo latinoamericano***<sup>1</sup>

Mónica Marinone<sup>2</sup>

### **Resumen**

Este ensayo explora el par biografía-educación y se funda en la investigación sobre narrativas. Centra la noción de *principio* revisando el surgimiento y afirmación del “historicismo” como categoría y sistema explicativo, en relación con la concepción de la biografía como “ilusión” de totalidad, con el peso de la teoría del “hombre representativo”, la ejemplaridad y una moral. Trata la figura y los textos de S. Rodríguez respecto de ese *principio* y de la afirmación de la educación a comienzos del XIX, entendida como aparato regulador de la incipiente e imaginada nación latinoamericana.

**Palabras-clave:** Educación - Biografía - Narrativa - Nación - Latinoamérica

### **Summary**

Based on the study of narratives, this essay explores the relations between biography and education. It focuses on the notion of *beginnings* by reviewing the emergence and development of historicism as both a category and an explanatory system, in relation to the idea of biography as an “illusion” of totality, under the weight of the “representative man” theory, exemplariness and moral. It analyzes the figure and texts of S. Rodríguez as they relate to those beginnings and to the increased attention paid to education in the early 19<sup>th</sup> century, an education understood as a regulating apparatus of the then incipient and imagined Latin American nation.

**Keywords:** Education - Biography - Narrative - Nation - Latin America

Fecha de recepción: 18/08/2011  
Primera Evaluación: 27/09/2011  
Segunda Evaluación: 2/10/2011  
Fecha de Aceptación: 2/10/2011

*Para comenzar el estudio del corazón humano... (recomiendo)... la lectura de las vidas particulares...*

J.J. Rousseau, *Emilio*-Libro IV

El epígrafe ronda intereses de algún modo simplificados en el título de esta intervención. Ciertas investigaciones sobre narrativas latinoamericanas me condujeron al par hermanado Educación / Biografía, así como a la necesidad de indagar la noción de *principio* desde los escritos magistrales de un letrado desplazado de la atención, siempre en bordes oscuros de nuestro archivo. Me refiero al venezolano Simón Rodríguez (1769-1854). El epígrafe nada casualmente instaura aquí el *Emilio* de Rousseau (1762), un volumen ligado a estas cuestiones y a Rodríguez, el maestro de Bolívar a quien su discípulo bautizara “Sócrates caraqueño”. Regresar hoy a un nudo de la Ilustración y a sus derivaciones en este continente, a la educación como respuesta desesperada para regular lo desregulado y a las narrativas biográficas como instrumentos poderosos de regulación, quizás parezca anacrónico. Pero cuando se revisa este tipo de narrativas en el presente y desde una perspectiva culturoológica es difícil soslayar el peso que conlleva una moral de la biografía, a veces asediada en esas épocas primeras por lo excesivo, entendido el exceso como lo que sobrepasa o está fuera de la razón. Esto es, resulta difícil no sólo obviar un diálogo con otras morales que se alcanzan después, sino también contradicciones que se plantean en dicho principio poniendo en crisis nuestra modernidad

a la par que la impulsan. Hablo de la autoconciencia de un fracaso que algunos, como S. Rodríguez, vislumbran al mismo tiempo que no cejan en su accionar. Este desconocido para muchos opera fuertemente en dichos sentidos, produce reflexiones sobre nuestras sociedades de una actualidad reconocida recién hacia las décadas del 70-80 del siglo XX, y deja sentada una causa del fracaso, su anacronismo respecto de esa época cuando la nación americana es una idea en la cabeza de pocos, la educación, el espacio acompasado a dicha idea, y las narrativas biográficas un modo de cristalizar lo deseado respecto de una comunidad de ciudadanos pretendidos.

*Educar es crear voluntades*<sup>3</sup>. Rodríguez formula este mandato en escritos de inicios del s. XIX, aunque lo piensa durante su primera lectura del *Emilio* hacia 1789, y lo pone en práctica con Bolívar en dos momentos de su vida, de niño y de joven. Es un mandato que las acciones de Bolívar muestran cumplido en la decisión de hacerse cargo de un proyecto de liberación continental que asume ante su maestro en el Juramento del Monte Sacro, en 1805, y sostiene hasta su muerte. Más allá de cualquier comentario acerca de lo excesivo del gesto (de la omnipotencia bolivariana) deseo subrayar lo menos visible, que atañe a Rodríguez: por un lado, el *élan pédagogique* o legado de la Ilustración, esa convicción profunda de que la *educación puede todo* (Helvetius, *De espíritu*- 1715-1775), esto es, que a través suyo es posible

producir una clase totalmente nueva de sujetos emancipados, salidos de la minoridad como anhelara Kant (1941). Educación en tanto construcción o formación (el *Emilio* resuena, pero también un supuesto revolucionario francés: todo puede ser fabricado, hasta el lenguaje). Educación social (la obsesión de Rodríguez) o función de todas las instituciones, aspecto de la vida diaria, efecto total de una planificación en acuerdo con la razón. Educación como proyecto de una sociedad que, como señala de continuo, podría hasta prescindir de escuelas, y especialmente como responsabilidad de los letrados que encarnan a “legisladores” en tanto figuras que diseñan dicha sociedad desde un lugar de autoridad indiscutible. La idea de educación desde esta perspectiva significa el derecho y el deber del estado de *formar* (por eso el uso alemán *Bildung* es el más apropiado) a sus ciudadanos y guiar su conducta, una idea nada ajena a la de control.<sup>4</sup>

Por otro lado quiero subrayar el carácter misional que signa a Rodríguez respecto de la idea de *principio* como momento de transformación de los imaginarios y de protagonismo en la empresa; principio como grado cero de nuestra historia continental por ser de órdenes contruidos (fabricados) y no recibidos. La escritura de Rodríguez revela y refuerza a través de proyectos pedagógicos y mandatos, la crisis de autoridad planteada por la gesta independentista, así como un afán constructivo desde el regodeo en la sintaxis sujetos/ temporalidad /

narración, implicada tanto en la inflexión autobiográfica visible en dicha escritura como en las biografías que recomienda leer. Además refuerza el significado del gesto de contar (de leer) una vida hacia efectos didáctico- morales o forma moderna de estudio y conocimiento histórico (recordemos el epígrafe de esta exposición y a Plutarco leído por los ilustrados). Rousseau adopta para su tratado sobre Educación el registro de la biografía: *Emilio*. Aunque es preciso recordar al Rousseau de las *Confesiones* (1765-70), ejercicio secular del modelo agustino, el ejercicio de autoconciencia y autoafirmación de un sujeto histórico que traza la esfera de los modernos, sujetos concentrados, sujetos deseantes que revelan en sus actos el síndrome conocimiento-poder y levantan un mito con su propia vida.

*La forma es un modo de existir* dice Rodríguez, y si esta cita vale para las opciones del poderoso Rousseau, también valen para sí mismo, quien en la *forma* de sus escritos pedagógicos y sociológicos (léase *Sociedades americanas* de 1828.) prefigura nuestras vanguardias históricas. Sus opciones tipográficas, absolutamente coherentes con esta cita, redundan en lo más intranquilizador, la discontinuidad y las rupturas (lo que parece fuera de la razón), esto es, en un concepto de revolución total que empieza en su cabeza y sigue en la página por una forma de escribir que es un decir apelativo, cuyos efectos pretendidos son la agilización de la intelección y la interlocución. *Inventamos o erramos* parece el lema que sostiene

el diseño de sus extravagantes artículos y ensayos sobre educación (nada comprendidos, es claro), que adaptan ideas comenzando por el modo de expresarlas, que producen lo nuevo acorde a un nuevo tiempo y a una nación americana nueva, diversa en el contexto occidental por su índole y sus procesos históricos. Crear voluntades o construir ciudadanos es el objetivo de sus proyectos educativos en los que nociones como *fundamentos* y *modelos* se enlazan en cómoda armonía y enlazan mis ideas.

Cuando hablo de *fundamentos* me refiero a las verdades y los fines absolutos, las concepciones basadas en la objetividad independiente de la correspondencia cognoscitiva, los valores humanísticos, los grandes relatos, el carácter ilimitado del saber o la posibilidad de acceder a la realidad a través suyo, la noción de sujeto afirmado, la posibilidad del conocimiento totalizante, la creencia en el lenguaje como instrumento transparente.... Pero también me refiero al panteón como lo producido, a lo que Renan (1990:22) reclama para cualquier nación moderna: "Un pasado heroico, grandes hombres, gloria... es el capital social sobre el que se asienta una idea nacional". Desde esta perspectiva las biografías de los grandes hombres constituyen un fundamento irrefutable y esos hombres representativos son *modelos* a seguir en aras de la educación como formación (en la tradición occidental los modelos concentran valores y convicciones, por eso para llevar a cabo el proceso

formativo de un sujeto está el modelo, con poder de atracción y persuasión). Recordemos a Emerson y a Carlyle.

Rodríguez, quien se apega a la inflexión autobiográfica como modo de autoexaltación y cree en la biografía como discurso educador, se alza como sujeto–archivo, biografiado y novelado desde mediados del XX por sus marcas y sus excesivos gestos magistrales de autofiguración. Saturado por la pulsión de originalidad y el reconocimiento de esta exigencia (el subtítulo de *Sociedades americanas es: Cómo serán y cómo podrían ser en los siglos venideros*), absorbe las dos poderosas figuras ilustradas que he citado, Kant y Rousseau (lo asisten la razón y la naturaleza). Y proyecta lo más interesante a narrar, la mayor contradicción de la modernidad, sus dos caras (luminosa y oscura) que, por si fuera poco, explícita. Un verdadero moderno, entre mucho, por su manera de describir la imposibilidad de serlo, siéndolo.

Cuando en 1980 Úslar Pietri escribe la biografía novelada de Simón Rodríguez, pretende completar lo que se desconoce de su vida en atención a ella como *cursum* (principio, medio y fin) hacia una realización (telos). Apela a un tipo de narrativa, novela, donde es posible la libertad en el llenado de lagunas historiográficas, ésas que en sus ensayos anteriores sobre Rodríguez respeta. Su elección no es impertinente: Rodríguez fue un personaje de novela. Nació en Caracas, hijo bastardo de un cura, cambió su nombre y apellido tres veces (Carreño, Robinson, Rodríguez). Fue

“maestro de primeras letras” y partió de Caracas hacia 1800. Vivió en Jamaica, Filadelfia y Baltimore, luego en Bayona, París y Lyon. Viajó con Bolívar a Italia, recorriéndola a pie. Más tarde fue a Prusia, Polonia, Rusia y finalmente, en 1823, regresó a América (Cartagena, Bogotá, Perú, Bolivia, Chile, Ecuador). Hizo de todo para sobrevivir a la mayor de las miserias (trabajó en imprentas, haciendas, supervisando salinas, fabricando velas, etc.), siempre impartió clases, escribió y trató de publicar. Tenía don de lenguas, entre las muchas que hablaba perfectamente figura el quechua. Era para muchos (Sucre por ejemplo), un intratable, y para todos, un genio a quien su pulsión comunicativa jugó malas pasadas.

La lectura de novelas, aun de línea biográfica, además del llenado hace esperar otras aportaciones que el tipo discursivo propicia, por ejemplo rupturas con tramas homogeneizadoras, con una tradición o una moral, para descubrir, a través de discontinuidades, yuxtaposiciones, imprevistos que signan cualquier vida (más aún la de Rodríguez), un sentido intenso, ajeno a la teleología, a la ilusión de totalidad, es decir a deseos de perfectibilidad y completamiento. Para quienes leemos narrativas como textos y hemos frecuentado novelas biográficas como *Yo el Supremo* (que ficcionaliza a otro excéntrico personaje de nuestro principio) lo esperado es una inmersión en el juego estético que oriente a comprender algo más que lo posible de contarse en superficie, el dato, la anécdota, una espera subrayada, repito,

por la envergadura de S. Rodríguez. Razones de tiempo impiden revisar aquí *La isla de Robinson*, así titula Úslar su novela biográfica, pero al menos señalo que es una “empresa de reconstrucción” donde no quedan vacíos, generada a partir de materiales “verificables” e “imaginados”, fundada en los supuestos de veracidad (de lo verificable) y de ficcionalidad (de lo imaginado), aunque muy atenta al primero<sup>5</sup>.

Dudas e interrogantes me acechan cuando leo esta novela biográfica. Rodríguez elige el exceso desde actos de vida a escritos críticos y proféticos (pensemos en el subtítulo de *Sociedades...*); lo hace visible en la forma nueva de su escritura, que es su *modo de existir excéntrico o a contrapelo del orden letrado siendo un letrado*. Como dijo Lezama Lima (1993), es uno de los radicales separatistas, agregaría de los máximos transgresores pese a bregar por la educación como aparato regulador en atención a un modelo de razón productora (la mayor contradicción, su mayor riqueza). Sin embargo, cuando es biografiado por Úslar, cuando se transforma en el objeto de su accionar escriturario, cuando lo posee movido por la ilusión de restaurar su vida a través de una narrativa, lo domestica, lo tranquiliza. Úslar opta por una configuración que adhiere a una prosa convencional (a una ficción de tiempo convencional donde los quiebres presente-pasado no son disruptivos, no desacomodan), no plantea trasgresión ni socavamiento de lo continuo (dos enseñanzas de Rodríguez en beneficio de la educación

como transformación), es decir sacraliza esquemas interpretativos que el maestro desafía como modo de romper con lo establecido hacia la nueva entidad que fragua, inclusiva de sujetos acordes con esa entidad, capaces de reconstruir el proceso del pensar de otro y, se sabe, no se piensa en prosa.

Rodríguez es contradicho en esta novela aunque se diga todo y más; sólo lo perciben quienes lo han leído. Sin embargo, pese a ello vuelve a ser maestro y enseña al menos dos cosas: en esta novela se comprueba en parte lo que de Man (1991) proclama respecto de la biografía, que desposee y desfigura en la misma medida en que restaura. ¿Y respecto del biógrafo? Úslar introduce su biografía novelada con una frase de Rodríguez, “Ha llegado el tiempo / de enseñar a las gentes a vivir”. En su

brevedad, tras su elección se ve mucho: lo tutelar vinculado a la responsabilidad moral de transmitir lo que se sabe merodea la noción de autoridad (de ley), la de esos hombres capaces de asumir un lugar de enunciación – producción de lo conveniente: S. Rodríguez en 1819, pero también Úslar en 1980 quien se inscribe en esta familia.

Algún crítico se refiere a *La isla de Robinson* como “una interpretación novelesca del hombre Simón Rodríguez como personaje”<sup>6</sup> y pienso en la historia de la palabra *intérprete* que en su origen sólo designaba al que trabajaba en anular el efecto de la distancia (un anhelo de los biógrafos). Me queda un resabio de ausencia, podría decir, la mayor incompletad, el deseo de leer la magnitud de dicho personaje en la pura realización de un texto.

## Notas

<sup>1</sup> He desarrollado *in extenso* estas ideas en “Biografía y Educación”.

<sup>2</sup> Dra. en Letras por la UBA-Argentina. Especialista en literatura y cultura latinoamericanas. Docente e investigadora del CELEHIS y Coordinadora del Área de Posgrado, Facultad de Humanidades, UNMdP. Ha publicado artículos en revistas especializadas, volúmenes, capítulos de libros y libros en coautoría, y participado, como conferencista y expositora, en reuniones científicas nacionales e internacionales. Miembro fundador de sociedades y redes académicas (nacionales e internacionales), y de consejos editoriales y de redacción de revistas periódicas de Latinoamérica. Sus últimos ensayos son *Rómulo Gallegos. Imaginario de Nación*, y *Narrativa y Nación: de la fundación a la herejía*.

<sup>3</sup> Ésta y las otras citas de Rodríguez incluidas en cuerpo son de *Sociedades Americanas*.

<sup>4</sup> Sigo a Bauman.

<sup>5</sup> Véase Marinone, “Biografía y Educación”.

<sup>6</sup> Se trata de Domingo Miliani.

## Bibliografía

BACZKO, B. (1991). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Bs As: Nueva Visión.

BAUMAN, Z. (1997). *Legisladores e Intérpretes (Sobre la modernidad, la postmodernidad y los intelectuales)*. Bs As: Univ. de Quilmes.

BOURDIEU, P. (1999). *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.

DE MAN, P. (1991). “La autobiografía como desfiguración” en *Revista Antrophos* -29:113-117.

KANT, E. (1941). “Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?”, *Filosofía de la Historia*. México: El Colegio de México.

LEZAMA LIMA, J. (1993). *La expresión americana*. México: F.C.E.

MARINONE, M. (2007). “Biografía y educación”, *Grabar lo que se desvanece. Narrativas de la memoria en América Latina* /Volumen internacional- (MARINONE-TINEO Edit.) Mar del Plata: Estanislao Balder.

MARINONE, M. “De maestros e irreverentes. Las operaciones de la crítica en AL”, *Aristas* 4 (2007): 175-192.

MARINONE, M. “Educar, educar, educar...” *Revista ACTUAL* Nro. 57 (Agosto-dic. 2004): 43-60.

MARINONE, M. “Narrativa y Nación” (De la fundación a la herejía), *ESTUDIOS* 25-Revista de Investigaciones Literarias y Culturales. (Enero – Junio 2005): 473-488.

MILIANI, D. (1994). “S. Rodríguez: el hombre entre la historia y la ficción”.En:

*Esplendores y miserias del s. XIX. Cultura y sociedad en América Latina (GONZÁLEZ STEPHAN y otros Comp.). Caracas: Monte Ávila: 36-50.*

RAMA, A. (1985). *Ensayos sobre literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila.

RENAN, E. (1990). "What is a Nation?" En: *Nation and Narration*.

BHABHA, H. (Coord.). London and New York: Routledge: 9-22

RODRÍGUEZ, S. (1982). *Inventamos o erramos*. Caracas: Monte Ávila.

RODRÍGUEZ, S. (1990). *Sociedades Americanas* (Pról. GARCÍA BACCA, Ed.

RODRÍGUEZ ORTIZ). Venezuela: Biblioteca Ayacucho.

ROUSSEAU, J. J. (1999). *Emilio o de la Educación*. México: Ed. Porrúa.

USLAR PIETRI, A. (1982). *La isla de Robinson*. Barcelona: Seix-Barral.